



BATALLA DE CRECY.

EL 2 de julio de 1346 una escuadra inglesa de cerca de mil velas salía del puerto de Southampton, y protegida por vientos favorables en un principio, se dirigía hacia las costas de Guiena, que Juan, hijo de Felipe VI, rey de Francia, acababa de recuperar en parte

22

de los ingleses. Llevaba aquella escuadra cerca de treinta y dos mil hombres que Eduardo III, rey de Inglaterra, acompañado de su hijo el príncipe de Gales, de unos diez y seis años de edad, conducía para socorrer al conde de Derby que mandaba en Guiena. De repente cambiaron los vientos, y permanecieron siendo tan contrarios, que Eduardo, temiendo no poder arribar á esta provincia, no sabía qué determinación tomar; cuando Godofredo de Harcourt, señor de San Salvador, le dijo:

— Señor, las principales fuerzas del rey de Francia estan en Guiena; desembarcad en Normandía, pues esta provincia está desguarnecida de tropas, y como hace mucho tiempo que no sufre los males de la guerra, es rica y floreciente; de modo que no solo encontrará en ella el ejército víveres en abundancia, sino que tambien podrá sacar un gran botín.

El que daba este consejo era francés, pues proscrito por simples sospechas, aquel altivo baron normando se habia retirado á Inglaterra, donde habia rendido homenaje á Eduardo como á rey de Francia, atendiendo á que este último era hijo de Isabel, hija de Felipe el Hermoso. Adoptado el consejo del traidor, el ejército desembarcó en la Hogue el 12 de julio, no lejos de los estados que le habian pertenecido.

Cuando el rey salió de su buque, dice el cronista, al momento que puso el pié en tierra, dió tan fuerte caída, que empezó á derramar sangre por la nariz.

— Caro señor, le dijeron los barones asustados, retiraos á vuestra nave, y no desembarqueis hoy, porque este es un mal presagio.

A esto respondió el rey:

— ¿Por qué? al contrario, es buena señal, pues la tierra me desea.

Esta respuesta agradó mucho á su gente, y toda la hueste desembarcó, acampando en la playa.

A la mañana siguiente nombró condestable al conde Arundel, y mariscales al conde de Warwik y Godo-

fredo de Harcourt, armando caballeros al príncipe de Gales y otros jóvenes señores de su comitiva. Despues de quemar todos los buques franceses que habia en la Hogue, su ejército penetró en el país, incendiando, saqueando y no dejando en pié villa ni aldea. Asi es como Cherbourg, Harfleur, Valogues y San-Lo, poblaciones que se habian enriquecido por su industria, fueron presa de aquella desenfrenada soldadesca. Desde allí se dirigió el rey á la rica y populosa ciudad de Caen, y la tomó con pérdida de quinientos hombres.

Despues de un saqueo de tres dias, enviaron á Inglaterra inmensos despojos con trescientos de los mas ricos, sacados del estado llano, y sesenta caballeros, cuyo rescate debia aumentar el botín que los ingleses habian recogido desde su invasion.

El rey de Inglaterra tomó en seguida el camino de Evreux, continuando su expedicion mas bien como jefe de bandidos que como conquistador; en ninguna parte dejaba guarnicion, asolaba las poblaciones no fortificadas, y se guardaba muy bien de atacar las plazas fuertes. De este modo, no atreviéndose á embestir á Evreux, ciudad perfectamente amurallada, cayó sobre Louviers, plaza sin defensa y ya famosa por sus fábricas de paños.

Al saber tan repentina invasion, reunió á toda prisa Felipe de Valois un ejército, y salió al encuentro de los ingleses, que ya se dirigian contra Rouen, creyendo que podrian tratar á esta poblacion como á Caen; pero encontraron cortados los puentes, y la orilla derecha del Sena ocupada por el rey de Francia. Eduardo ni siquiera intentó forzar el paso; mandó á Felipe un emisario para que le dijese que delante de las murallas de París estaba dispuesto á trabar el combate, y costeando la orilla izquierda del rio, atravesó el Vejiño, y no se detuvo hasta Poissy, donde se alojó en la antigua residencia del rey Roberto.

El príncipe de Galles llegó hasta el castillo de San German en Laye, mientras que varios destacamentos de tropas ligeras se diseminaron por los contornos de Pa-

rís, reduciendo á cenizas á Nanterre, Neuilly, San Cloud y Bourg la Reina. Los parisienses espantados podían ver desde sus almenas las llamas de las aldeas incendiadas.

Entre tanto Felipe volvía hácia París, y en el camino se le incorporaron Juan de Lujemburgo, rey de Bohemia, su hijo Carlos, rey de los romanos, el duque de Lorena y el conde de Saboya, acompañados de buen número de hombres de armas. Viendo que sus tropas se hallaban en estado de hacer cara al enemigo, fué á acampar en el prado de Clers, y le esperó; pero bien pronto supo que Eduardo, en vez de ir á empeñar la batalla, despues de dejar ardiendo á Poissy, y de establecer de nuevo su puente, se dirigía hácia Beauvais. Apenas había pasado el Sena este príncipe, cuando Godofredo de Harcourt, que mandaba su vanguardia, encontró á las milicias comunales de Amiens que acudían á socorrer á su rey. Unos y otros se atacaron con furor; pero los paisanos, á pesar de su bravura, no pudieron resistir mucho tiempo el empuje de los hombres de armas ingleses; completamente derrotados, tomaron la huida, dejando en el campo de batalla mil doscientos de los suyos y todos sus bagajes.

Siguiendo Eduardo su devastadora correría, atravesó el Beauvais y llegó á Airaines sobre el Somma; pero halló todos sus puentes ó cortados ó tan bien defendidos, que al principio le fué imposible pasar de allí. Felipe le perseguía á marchas forzadas, y el rey de Inglaterra estaba expuesto á verse encerrado entre el Somma y un ejército tres veces mayor que el suyo. En tan apurado trance, dejó á Airaines á las seis de la mañana, y como los franceses le seguían muy de cerca, llegaron allí algunas horas despues, encontrando las comidas preparadas, las mesas puestas, y grandes provisiones de boca. En su precipitada marcha no habían tenido tiempo los enemigos de llevarse los manjares, ni de acabar de comer. Desgraciadamente Felipe, creyendo no podría escapársele el rey Eduardo, en vez de apresurar su marcha, se detuvo en Airaines hasta la mañana siguiente.

Durante este tiempo el rey de Inglaterra, buscando un vado, habia descendido el Somma hasta las murallas de Abbeville, y como el peligro era cada vez mas inminente, prometió una gran suma al que le enseñara un sitio vadeable.

Un aldeano francés, llamado Gobin Agace, indicó un vado por bajo de Abbeville, llamado *Blanque-Taque* ó la *Mancha Blanca*, á causa de la blancura de la arena que formaba el lecho del rio en este sitio. Este vado presentaba fícil paso cuando la marea está baja.

Eduardo se dirigió á él inmediatamente; pero Gode-mar de Fay á la cabeza de doce mil hombres se presentó en la orilla opuesta. No habia que dudar; el rey se arrojó al rio espada en mano, y le siguieron las tropas victoreando á San Jorge. El combate fué sangriento y vivamente disputado el paso. Los ingleses, conociendo que era preciso vencer á toda costa, hicieron grandes esfuerzos, y al fin consiguieron desalojar á los franceses y ponerlos en fuga. Apenas acababa de pasar la retaguardia inglesa, cuando llegó al vado Felipe, poniendo en mayor peligro á Eduardo y á su ejército. Mientras que iba á acampar en Crécy á cinco leguas de Abbeville, el rey de Francia, contenido por la marea que se hallaba en su creciente, se veia obligado á replegarse hácia el puente fortificado de aquella poblacion, y hacer alto allí.

A la mañana siguiente el rey de Inglaterra dividió su ejército en tres cuerpos: el primero, que formaba la vanguardia, lo mandaba el príncipe de Galles, teniendo á sus órdenes los condes de Oxford, de Warwik, de Harcourt, lord Holland, y el valiente Juan Chandos. Los condes de Arundel y de Northampton se hallaban á la cabeza del segundo, y Eduardo reservó para sí el mando del tercero, el cual colocó en batalla sobre una colina, dispuesto á volar con esta reserva á cualquiera parte donde viese que sus tropas cejaban.

Las retaguardias y el flanco derecho de su ejército se apoyaban en un gran bosque donde puso á cubierto

sus bagajes, y para cubrir su flanco izquierdo mandó formar atrincheramientos; en fin, para completar sus disposiciones ya tan acertadas, colocó sobre el frente del cuerpo que mandaba el príncipe de Galles seis cañones gruesos y cortos, montados sobre cureñas sin ruedas, á las cuales se daba entonces el nombre de *bombardas*.

Este invento, enteramente nuevo, lejos de ser perfecto como lo ha sido despues, era tan difícil de manejar, que no se conocia toda su utilidad. Por lo demás, estas máquinas tan terribles, queridos niños, que al parecer han sido inventadas para destruccion de los hombres y de los imperios, han contribuido por el contrario á que las guerras sean menos mortíferas que antiguamente.

Eduardo montado en un pequeño palafren, con un baston blanco en la mano, recorrió lentamente las filas de su ejército, y cuando llegó al centro, dijo:

—Soldados! estais cercados por todas partes, es preciso vencer, ó nos espera una muerte inevitable. Haced lo mismo que me veais hacer á mí, y no os pido mas. La vida, la honra, la libertad de todos estan expuestas al mismo peligro; el enemigo no puede tardar en aparecer, y cuento con vuestro valor.

Pronunciadas estas palabras, se retiró á su tienda, y los soldados tendidos en el suelo con los cascos y las armas á sus pies, esperaron á los franceses con tranquilidad.

Era el sábado 26 de agosto de 1346. Al salir el sol, el rey de Francia habia dejado á Abbeville, dirigiéndose hácia Crécy. El rey de Bohemia, anciano de ochenta años y ciego, el rey de los romanos y el de Mallorca iban á su lado. Podria constar el ejército de setenta mil hombres, de los cuales ocho mil hombres de armas y seis mil ballesteros eran genoveses, y aquella multitud avanzaba á paso precipitado y sin orden.

Entre tanto los señores de Basila, de Noyers, de Beaujeu y de Aubigny, á quienes Felipe habia enviado á examinar la posicion de los ingleses, volvieron á darle

cuenta de las disposiciones formidables que habia tomado el rey de Inglaterra, aconsejándole que dejase el combate para la mañana siguiente, pues con eso tendría tiempo de poner en orden su ejército.

El rey aprueba esta proposición, y da orden de que se detengan: el ejército marchaba en tres líneas, y la primera obedeció; pero las otras continuaron su marcha, diciendo que no se pararían hasta que estuviesen al lado de la que se hallaba á la cabeza, y en vano recorren las filas los mariscales gritando:

«Deteneos en nombre de Dios y de San Dionisio!»

No son escuchados; un cuerpo empuja al otro, todos avanzan, se precipitan en tropel, y aquella espesa y confusa muchedumbre llega en el mayor desorden á presencia del enemigo.

Una tempestad espantosa acompañada de lluvia, granizo y truenos habia estallado durante la marcha, y habia contribuido no poco á aumentar la confusion. El ejército estaba estenuado de fatiga, y sin embargo se procuró rehacer la filas. Los genoveses que pasaron á formar la primera línea, iban al mando de Carlos Grimaldi y Antonio Doria. El conde de Alenzon, hermano del rey, conducia la segunda línea, y el rey en persona se puso á la cabeza de la tercera.

Al ver las banderas francesas, levantáronse los ingleses, y se prepararon para el combate. Cuando Felipe los vió á su vez, transportado de furor al pensar en todo el mal que acababan de hacer á su reino, exclamó:

— Mariscales de Francia, que avancen los genoveses, y dad principio á la batalla!

Aquellos ballesteros que acababan de andar cinco leguas armados de pies á cabeza, dijeron á Antonio Doria que temian mucho no poder hacer grandes hazañas, pues se hallaban muy cansados. Estas palabras llegaron á oídos del conde de Alenzon, el cual dijo colérico:

— ¿Para qué diablos necesitábamos traer esta canalla que retrocede en el momento mas critico!

Sin embargo los genoveses no retrocedieron; avanzaron dando tres gritos, y quisieron empezar á tirar; pero no pudieron tender sus ballestas, empapadas como se hallaban por la lluvia. Los ingleses, al contrario, que habian tenido cuidado de mantener las cuerdas de sus arcos á cubierto durante la tempestad, les enviaron una granizada de flechas, y los desgraciados ballesteros, expuestos á los golpes del enemigo sin poder hacer uso de sus armas, se desbandaron, y se pusieron en fuga.

Al verlos en derrota el rey Felipe, gritó á sus hombres de armas:

—Matad, matad á esa infame canalla que nos impide avanzar!

Creyendo los caballeros franceses que los genoveses hacian traicion, ejecutaron las órdenes del rey, y se lanzaron sobre los fugitivos, acuchillándolos con furia.

Entonces empezó un espantoso desórden; mezclados los hombres de armas y los ballesteros, hiriendo los primeros sin oir nada, corriendo los otros en todas direcciones, exhalaban gritos y lamentos inútiles, reinando en aquel punto la turbacion, el terror y el miedo.

Durante este tiempo, los ingleses tiraban sin cesar, sin que se perdiese una de sus flechas; pero no eran estas sus armas mas terribles. Las bombardas de Eduardo hacian un fuego mortífero, y caballeros, hombres de armas, ballesteros y peones, todos caian mezclados para no volverse á levantar, pues los infantes irlandeses se deslizaban en la pelea, rematando á los caballeros que yacian en tierra.

Entre tanto, los condes de Alenzon, Flandes, Saboya, y Blois, así como el duque dn Lorena, se reúnen y consiguen, despues de hacer los mayores esfuerzos, ordenar á sus hombres de armas dispersos; se ponen á su cabeza, se arrojan con ímpetu sobre los arqueros ingleses, rompen sus filas, y van á luchar cuerpo á cuerpo con los caballeros del príncipe de Galles, á quienes ponen en el mayor desórden. Los condes de

Arundel y de Northampton mandan entonces que avanze su división para sostener al jóven príncipe, que queriendo distinguirse en su primera campaña, hacia prodigios de valor; no obstante comenzaba á replegarse, mas la llegada de los condes restableció el combate. Entonces se hizo tan terrible, tan mortífero, que el conde de Warwik, inquieto del resultado, envió á escape á sir Tomás Norwik con orden de que pidiera socorro á Eduardo.

Este príncipe estaba en un molino situado en una altura, desde la cual se veía todo el campo de batalla de una simple ojeada.

—Ha sido herido ó muerto mi hijo? preguntó al caballero.

No, señor.

—En este caso, que sea suyo todo el honor de la jornada, que rechaze al enemigo sin mi auxilio, pues así es como debe ganar las espuelas.

Estas palabras repetidas al príncipe de Galles, redoblan su ardor; unos y otros se baten con mayor encarnizamiento; pero no obstante empiezan á desmayar los caballeros franceses que cargaban sin orden ni concierto. La mayor parte de los príncipes y de los altos barones con sus banderas al frente habían penetrado con audacia en lo mas fuerte del combate, pero separados del grueso de sus hombres de armas, los envolvieron los ingleses, y á pesar de su valor, todos perecieron, pues no había cuartel.

El intrépido conde de Alenzon no se desanima: consigue de nuevo volver á ordenar las filas de los menos avanzados, y rodeado de los mas valientes, vuelve á la carga; pero cae acribillado de golpes, experimentando igual suerte el duque de Lorena. Los condes de Flandes, Saboya, S. Pol, Bar y Blois al ver caer al hermano de su rey, así como al arzobispo de Sens y al obispo de Nimes, se arrojan como desesperados en lo mas recio de la pelea, y sucumben como héroes.

En aquel fatal momento, el conde de Harcourt, her-

mano del proscrito Godofredo, y el conde de Aumale, su sobrino, perecen casi á su misma vista.

El rey de Francia entre tanto avanzaba en la retaguardia para sostener la division de su hermano, y la encuentra en derrota. Los fugitivos vienen á aumentar la confusion que ya habia penetrado no poco en el cuerpo que mandaba, y el rey hace inútiles esfuerzos para restablecer el orden. Herido en la cabeza y la espinilla matáronle el caballo; cae, se levanta, monta otro, y aunque abandonado y casi solo, iba á volver al combate, cuando Juan de Hainault coge la brida de su caballo, y lo arrastra mal su grado fuera del campo de batalla.

Desde aquel momento hasta la noche solo fué una horrible carnicería.

El anciano rey de Bohemia, aunque ciego, habia rogado á sus caballeros que le llevasen tan adelante, que pudiera dar todavía algunas buenas estocadas. Habian cumplido su deseo, y para no perderle en la pelea habian atado los caballos unos con otros. A la mañana siguiente todos fueron hallados muertos en torno de su rey atravesado de parte á parte, y aun estaban atados sus caballos.

En cuanto al rey de los romanos, hijo de aquel valiente anciano, se habia puesto en fuga luego que vió que la suerte no era favorable á los franceses.

Seguido únicamente de Juan de Hainault, Felipe de Valois huía á través de la campiña, y á eso de media noche llegó al castillo de la Broye.

—¿Quién vive? le gritó el centinela.

—Abre, dijo el rey, abre, que es la fortuna de la Francia.

A la mañana siguiente dos cuerpos de tropas compuestos de las milicias de Rouen y de Beauvais, así como de algunos hombres de armas, no habiendo podido incorporarse al rey, é ignorando lo que habia pasado la víspera, fueron, en medio de una bruma espesa, á arrojarse entre los ingleses; setecientos mordieron el

polvo con el arzobispo de Rouen, y el gran prior del hospital de S. Juan de Jerusalem que los mandaba.

Muchos destacamentos franceses que se habian extrañado aquella noche, vagaban al otro dia por la campiña; los ingleses, aprovechándose de la niebla, plantaron en las alturas algunas banderas francesas que habian cogido en la batalla, y todos cuantos se dejaron engañar perecieron cruelmente.

Segun el cálculo mas moderado, murieron, tanto el dia de la batalla como el siguiente, dos reyes, once príncipes, mil doscientos caballeros, mil cuatrocientos nobles, cuatro mil hombres de armas, y mas de treinta mil del estado llano y de la plebe; en una palabra, mas que soldados contaba el ejército victorioso, y todo por la indisciplina de los franceses.

RASGO DE UN INDIO.

Hace tiempo, amables lectores, que los ingleses sostienen una guerra encarnizada contra los habitantes de la India, de cuya region se han ido apoderando por la fuerza de las armas. Las causas que han promovido esta larga y sangrienta lucha no son de este momento, ni es nuestro ánimo afligiros con la narracion de hechos que honran muy poco á una de las primeras naciones del mundo. La Inglaterra no sabia donde apagar su sed de conquistas y satisfacer su ambicion de oro, y ha llevado su ardor febril á la India, á cuyos pobres é inofensivos habitantes quiere *civilizar* á cañonazos, medio

mas poderoso, y sobre todo mas pronto, (aunque no el mas humano), que la palabra de los misioneros.

Durante las últimas guerras del Canadá, un peloton de salvajes abenakis derrotó á un destacamento inglés, sin que los vencidos pudieran librarse de enemigos mas ligeros que ellos en la carrera, y que se encarnizaron en perseguirles. Así es que fueron tratados con una barbarie de que hay pocos ejemplos aun en aquellas regiones.

Un jóven oficial inglés, acosado por dos salvajes que le estrechaban de cerca con el hacha levantada, no tenía esperanzas de librarse de la muerte, y solo pensaba en vender cara su vida. Al mismo tiempo un salvaje ya anciano, armado con un arco, se acerca á él y se dispone á atravesarle con una flecha; pero despues de apuntarle, baja de repente su arco, y corre á arrojarle entre el oficial y los que iban á asesinarle, no sin que estos se retirasen con muestras visibles de respeto al ver al anciano.

Entonces, cogiendo al inglés de la mano, procuró calmarle con sus caricias, y le condujo á su cabaña, en la cual le trató con una bondad que jamás desmintió. Compañero suyo mas que esclavo, el inglés aprendió el idioma de los abenakis y las artes groseras puestas en uso en aquellos pueblos salvajes, de suerte que solo una cosa le inquietaba, y era que el anciano fijaba en él sus ojos algunas veces, y despues de mirarle un rato, los apartaba vertiendo gruesas lágrimas.

Entretanto vino la primavera, y los abenakis volvieron á tomar las armas, saliendo á campaña. El anciano, que era todavía bastante robusto para soportar las fatigas de la guerra, partió con ellos, acompañado de su prisionero.

Hicieron una marcha de mas de doscientas leguas

por en medio de los bosques, hasta que al fin llegaron á una llanura donde descubrieron un campamento inglés. El anciano salvaje lo mostró al jóven observando su rostro.

— Ahí están tus hermanos, le dijo, que nos esperan para trabar el combate. Escucha, yo te he salvado la vida y te he enseñado á hacer un arco, así como las flechas, á sorprender al danta en el bosque, á manejar el hacha, y arrebatár al enemigo la cabellera. ¿Qué eras cuando te conduje á mi casa? Tus mancs eran como las de un niño, y no servían ni para proporcionarte la subsistencia, ni para defenderte; tu alma se hallaba undida en la nada, puesto que nada sabías. Ahora me lo debes todo, y serías tan ingrato que te reunieses con tus hermanos, y alzases el hacha contra nosotros?

El inglés protestó que mejor querría perder la vida mil veces, que derramar la sangre de un abenakis.

El salvaje se cubrió el rostro con ambas manos, bajó la cabeza, y despues de permanecer algun tiempo en esta actitud, miró al jóven inglés, diciéndole en tono que revelaba ternura y dolor:

— Tienes padre?

-- Vivía, dijo el jóven, cuando dejé mi patria.

— Oh! qué desgraciado es! exclamó el salvaje.

Y despues de un momento de silencio añadió:

— Sabes que yo he sido padre?... Ya no lo soy. He visto caer á mi hijo en el combate, le he visto caer cubierto de heridas, y morir como un hombre. Pero le he vengado! sí, le he vengado!

Pronunció estas palabras con fuerza, y temblaba todo su cuerpo: ahogábanle los sollozos, y miraba con ojos extraviados, hasta que fué calmándose poco á poco. Entonces se volvió hácia el Oriente, donde el sol ba á aparecer, y dijo al jóven inglés:

— Ves ese hermoso cielo resplandeciente de luz? no recibes placer al mirarle?

— Sí, dijo el inglés, miro con placer ese hermoso cielo.

— Pues yo no! dijo el salvaje vertiendo un torrente de lágrimas. Un momento después mostró al jóven un arbusto cubierto de flores, y le dijo:

— Mira ese arbusto, no le ves con placer?

— Sí, me causa placer ese arbolillo tan gentil.

— Pues á mí no! replicó el salvaje con precipitación, y añadió en seguida: parte, vete á tu pais, á fin de que tu padre se enagene de gozo al ver el sol que nace y las flores de la primavera.

Dicho esto, dió libertad al jóven, el cual no tardó en incorporarse con sus compatriotas, dejando á poco el risueño y templado pais invadido por los suyos con sobra de injusticia. De vuelta á Inglaterra contaba á su padre y á sus amigos este rasgo de un indio que no encontró mejor medio de vengar la muerte de su hijo, que devolver á los brazos de un enemigo de su patria el hijo cuya ausencia acaso lloraba en las nebulosas orillas del Támesis.

EL MILANO Y EL GAVILAN.

FABULA.

Un milano fanfarron,
Tan necio como cobarde,
De un gavilan se burlaba
En medio á un risueño valle.
«Qué esmirriados son tus remos!
Decia en tono insultante;
Y qué pequeñas tus alas!
Y cuán menguado tu talle!
Siquiera yo me parezco
En lo gallardo y lo grande
Al buitре, y quizá quizá
A la reina de las aves.»
Esto dice, toma vuelo,
Hiende satisfecho el aire,
Y persigue con crudeza
A dos tórtolas amantes.
Cuando volvió, el gavilan
Le dijo: «muy bien, compadre;
Me gusta que sea V.
Tan valiente como hábil.
Así me defenderá
De aquesealcon formidable
Que á nosotros se dirige,
Dispuesto á entrar en combate.»
Dicho y hecho; en un segundo
Elalcon sobre ellos cae,
Y, al gavilan embistiendo,
Lanza gritos de coraje.
Pero aqueste se defiende,
Y bizarro en el ataque,

Lucha con él cuerpo á cuerpo,
Con el pico maltratándole.
Hasta que al fin el alcon,
Harto de luchar en balde,
Deja en paz á su adversario,
Y desaparece en los aires.
Entonces el vencedor
Busca á su bello cofrade,
Y no le halla en parte alguna,
Ni es posible que le halle.
Que apenas nuestro milano
Vió al enemigo acercarse,
Tomó las de Villadiego,
Descolorido el semblante.

La fuerza y la gallardía
Son donés muy apreciables;
Pero en dias de batalla
El valor mucho mas vale.
Porque un hombre sea buen mozo,
Por héroe no le tengais ,
Ni valiente le juzgueis
Tan solo por lo que hable.

TENORIO.

